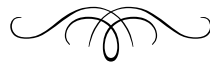


A treinta años del Encuentro Nacional Eclesial Cubano

—• Por Gustavo Andújar •—



Cada uno de nosotros es único e irrepetible, resultado de su propia historia personal, familiar y comunitaria. Uno de nuestros más preciados dones es la capacidad de conservar y transmitir la memoria de esa historia, y aprender de ella: de la nuestra y de la de aquellos que nos antecedieron. Así hemos recibido nuestra herencia de fe y de cultura, parte inseparable de quienes somos y tesoro inestimable que transmitimos a quienes vendrán después de nosotros.

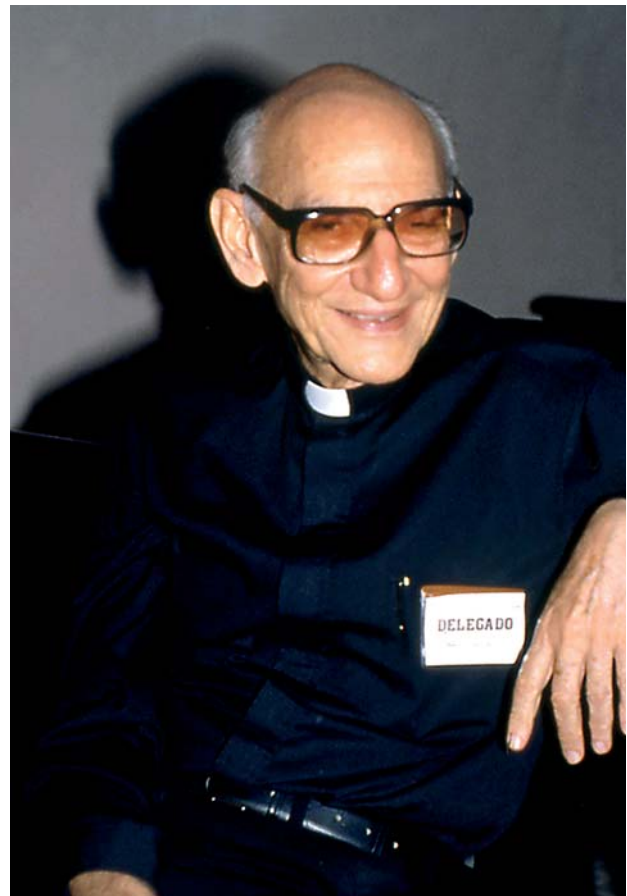
Miramos al pasado no para estancarnos en él, sino para aprender. De ahí nuestra costumbre de conmemorar efemérides: en la vida y hechos de quienes nos antecedieron buscamos estímulo e inspiración para nuestro hoy y nuestro mañana. De las conmemoraciones a realizar en febrero de 2016, la más importante para la Iglesia en Cuba es el trigésimo aniversario de la celebración de uno de los más trascendentales eventos de su historia: el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, el ENEC.

Muchos cubanos de hoy, incluso entre los católicos, desconocen o tienen solo vagas referencias sobre el ENEC y el proceso de la Reflexión Eclesial Cubana que lo antecedió. Es por tanto oportuno aprovechar la efeméride para recordar los hitos y características fundamentales de aquel extraordinario evento.

» *Antecedentes y primeros pasos*

Las reuniones del episcopado latinoamericano en Medellín, en 1968, y Puebla, en 1979, en las que habían participado los obispos cubanos y cuyos documentos eran conocidos y estudiados por los católicos de la isla, no podían tomarse como referencia para la situación de la Iglesia en Cuba, totalmente insólita en el contexto latinoamericano.

En ese momento surgió una iniciativa igualmente insólita de monseñor Fernando Azcárate, quien había sido obispo auxiliar de La Habana. Es



Monseñor Fernando Azcárate, inspirador del ENEC

muy significativo que haya sido precisamente en El Cobre, junto al santuario de la Virgen de la Caridad, donde, durante una convivencia sacerdotal en 1979, monseñor Azcárate propuso celebrar lo que llamó “un ‘Pueblita’ para Cuba”: un encuentro en el que nuestra Iglesia reflexionara sobre su ser y quehacer en medio de la realidad en la que estaba inserta.

Después de un período inicial durante el cual la idea fue arraigándose y tomando forma paulatinamente, comenzó un proceso de evaluación y análisis de nuestra realidad de Iglesia, que se llamó Reflexión Eclesial Cubana, identificada por sus siglas REC.

El primer documento que se elaboró como parte de este proceso fue el llamado “Documento de Camagüey”, fruto de la reunión allí celebrada por la comisión ante-preparatoria, presidida por monseñor Azcárate, como un primer intento por delinear los objetivos y alcance de un proceso cuya magnitud y trascendencia, a la altura de aquel abril de 1981, eran aún imposibles de vislumbrar en toda su magnitud.

En marzo de 1982 la Comisión Preparatoria decidió que el proyecto de la REC debía extenderse a toda la Iglesia en Cuba, y posteriormente la Conferencia Episcopal nombró tres subcomisiones para su puesta en marcha: una de teología, una de historia y una de encuestas.

Ya en octubre de 1982 tomaba forma la organización de la REC: se formularon las preguntas que se plantearían a las comunidades para captar el sentir de los fieles sobre la situación de la Iglesia y sus logros, deficiencias, preocupaciones y dificultades; la Subcomisión de Historia se propuso realizar un estudio sobre la Historia de la Evangelización en Cuba y la Subcomisión de Encuestas promovió una serie de investigaciones sobre la situación de las comunidades católicas, su atención pastoral, los sacerdotes, los consagrados y el Seminario.

Durante 1983 se dieron importantes pasos organizativos y trabajaron intensamente las subcomisiones. Los trabajos realizados por la Subcomisión de Historia y los datos recogidos por la Subcomisión de Encuestas permitieron a la comisión organizadora, ya reestructurada como Comisión Central, captar cómo la Iglesia en Cuba deseaba renovarse y ponerse al servicio de la comunión con Dios y con el pueblo del cual forma parte.

Debemos percatarnos de que en aquel momento los que participábamos no teníamos una medida del alcance de aquello que estábamos viviendo. Teníamos, sí, como una intuición de que era algo serio e importante, y esa convicción se mostraba en el grado de entrega y dedicación con que se acometían las tareas, sin muchos recursos materiales que hoy consideramos imprescindibles. En la Subcomisión de Encuestas, que realizó un trabajo ingente, todas las informaciones se policopiaban a mimeógrafo y los resultados se pasaban a unas grandes hojas de papel columnar, tan extensas que las llamaban «sábanas». Los cálculos se hacían a mano o con pequeñas calculadoras de bolsillo y los resultados se visualizaban

mediante resúmenes gráficos trazados a punta de lápiz. Hubo etapas en que literalmente toda la Iglesia estaba en función de ese proceso, desde las comunidades más pequeñas y distantes hasta los obispos.

En 1984 fue elaborado el Documento de Consulta por una comisión *ad hoc* formada por los PP. Juan de Dios Hernández (hoy obispo auxiliar de La Habana), René Ruiz y Rodolfo Lamas. Este documento, presentado a la Comisión Central de la REC en septiembre de 1984, fue la base para la reflexión en las diócesis, cada una de las cuales elaboraba su Documento de Aportes a partir de los frutos de esa reflexión que se vivió con gran intensidad a todos los niveles de la comunidad cristiana, desde la base hasta cada una de las siete asambleas diocesanas de la REC, celebradas entre abril y junio de 1985.

A partir de los Documentos de Aportes enviados por las diócesis, una comisión *ad hoc* redactó el Documento de Trabajo del ENEC, concluido en noviembre de 1985. Se completaba así el laborioso, pero sumamente fructífero proceso de la REC, que culminaría finalmente con la celebración del ENEC. Todos los delegados recibieron su copia del Documento de Trabajo antes de la celebración del ENEC, con suficiente antelación como para llegar al Encuentro después de haberlo estudiado detenidamente.

El Documento está estructurado de acuerdo con la dinámica de ver-juzgar-actuar, según la cual se condujo todo el proceso de reflexión eclesial. Hoy el método ha recuperado vigencia, después de haber caído bastante en desuso, tras constatarse que frecuentemente la fase de VER, centrada en realidades muy difíciles y complejas, tendía a suscitar frustración y desánimo. Nunca fue este el caso durante el proceso de la REC, marcado de principio a fin por la alegría que se afianza en la más firme esperanza cristiana.

» *EL ENEC*

Por aquellos días de febrero de 1986, la actual Casa Sacerdotal San Juan María Vianney, de la Arquidiócesis de La Habana, se llamaba Casa Sacerdotal Félix Varela. Durante una semana memorable, sus corredores y salones, y el anexo templo de Santa Catalina de Siena, se animaron con la presencia de obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos procedentes de todas las diócesis de país, que culminarían con aquella magna asamblea un largo, minucioso y fructífero proceso de reflexión sobre el ser y el quehacer de la Iglesia en Cuba.

El ENEC se celebró del 17 al 23 de febrero de 1986, y reunió a 181 participantes: 8 obispos, 39 sacerdotes, 22 religiosas, 2 religiosos y 110 laicos, procedentes de las 7 diócesis entonces existentes en el país.



Templo de Santa Catalina de Siena, transformado en el aula plenaria del ENEC

La unidad de la Iglesia universal se puso hermosamente de manifiesto con la presencia del cardenal Eduardo Pironio, entonces presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y enviado especial del papa Juan Pablo II al encuentro. El cardenal Pironio fue una de las más inspiradoras presencias en el ENEC. Fallecido en 1998, su causa de beatificación ha sido introducida y en 2006 fue declarado *siervo de Dios*. El Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, se hizo presente a través de su secretario general, monseñor Darío Castrillón, actualmente cardenal y que fuera presidente de la Comisión Pontificia *Ecclesia Dei*. Otros prelados de Iglesias hermanas nos acompañaron, entre ellos el recordado monseñor Marcos McGrath, arzobispo de Panamá, el hoy cardenal Nicolás de Jesús López, arzobispo de Santo Domingo, monseñor Carlos Amigo Vallejo, arzobispo de Sevilla, hoy cardenal y arzobispo emérito de esa arquidiócesis, y monseñor Emilio Stehle, entonces presidente de *Adveniat* y obispo auxiliar de Quito, hoy arzobispo emérito de Santo Domingo de los Colorados, Ecuador.

Estuvieron también presentes dos sacerdotes cubanos residentes en Estados Unidos: el P. Felipe

Estévez, entonces rector del Seminario San Vicente de Paúl, en la Florida, hoy obispo de San Agustín, en ese mismo estado, y el P. Octavio Cisneros, hoy obispo auxiliar de Brooklyn, así como un grupo de pastores de otras confesiones cristianas de Cuba.

La misa inaugural fue inolvidable. La presidió el cardenal Pironio, acompañado del pro-nuncio apostólico, monseñor Giulio Einaudi, y rodeado por los obispos cubanos y prelados extranjeros invitados. En ella concelebraron todos los sacerdotes participantes en el encuentro. Al final de la misa, el cardenal Pironio leyó el mensaje enviado por el Papa al ENEC, que fue recibido por los participantes con una larga ovación.

A continuación, el recordado monseñor Adolfo Rodríguez, presidente en ejercicio de la Conferencia Episcopal Cubana, declaró oficialmente abiertas las sesiones del ENEC. En la sesión inaugural, el propio monseñor Adolfo pronunciaría el discurso de apertura, una de las más hermosas e inspiradoras piezas de oratoria de todo el magisterio episcopal cubano.

» *La metodología seguida durante el ENEC*

Cada uno de los grandes temas delineados en el Documento de Trabajo era primeramente presen-

tado al plenario como una ponencia, a lo que seguía un trabajo en equipos. El análisis del tema concluía con un debate en el plenario. Cada tema fue sometido a votación secreta y directa para su aprobación, rechazo o modificación por los delegados.

Se compilaban los resultados de las votaciones para cada uno de los temas analizados, mientras que las mesas especializadas recogían las propuestas de modificación para tenerlas en cuenta en la redacción del documento final.

Los debates fueron riquísimos y profundos, y se desarrollaron en un ambiente de gran libertad. Cada parte del Documento de Trabajo fue pormenorizadamente analizada y debatida, con un elevado nivel de rigor. Estas características del trabajo del ENEC se pusieron especialmente de manifiesto durante las votaciones, que manifestaron en todo momento la responsabilidad con que se realizaban.

Una comisión de dinámica tuvo a su cargo la organización de las sesiones plenarias y equipos de trabajo, preparó la metodología según la cual sesionó el Encuentro, y supervisó su funcionamiento.

Otras actividades se produjeron también durante la semana, simultáneamente con el debate de los temas. Entre estas, revistieron especial interés las conferencias de prensa diarias, a cargo de monseñor Carlos Manuel de Céspedes, con los periodistas nacionales y extranjeros que cubrían el Encuentro.

Un acto particularmente emotivo fue el solemne homenaje que rindieron los delegados al padre Félix Varela en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, donde se conservan sus restos, y en el que dieron testimonio de firme compromiso de fe y profundo amor patrio. El cardenal Pironio recibió el Escudo de Oro de la Universidad de manos del Rector, y los delegados se unieron en oración ante el sencillo monumento que guarda los restos del padre Varela.

Esa misma noche se celebró una cubanísima velada cultural en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Tras una conferencia del profesor Cintio Vitier, los asistentes disfrutaron de las interpretaciones de solistas y grupos que les regalaron una selección de lo mejor de su arte musical.

Las labores del Encuentro seguían desarrollándose muy productivamente, y el ENEC delineaba ya el tipo de Iglesia que queríamos ser, expresado en tres opciones fundamentales que han estado desde entonces muy presentes en nuestra pastoral:

Queríamos ser, decidió el ENEC, una Iglesia

- EVANGELIZADORA, definitivamente volcada a anunciar el Evangelio a todos;

- ORANTE, que sabe que su fuerza viene del Espíritu y la busca en la oración y la contemplación;

- ENCARNADA, inserta en la realidad cubana y servidora de nuestro pueblo, del que forma parte.

Finalmente, tras días de intenso trabajo, los resultados de las deliberaciones se daban a conocer en la ceremonia de clausura.

Se comunicaron al plenario los resultados de las votaciones para cada uno de los temas analizados, todos los cuales resultaron aprobados por unanimidad o abrumadora mayoría. Se confirmaba así la calidad del trabajo preparatorio.

Un momento particularmente gozoso para todos los delegados fue el anuncio de la apertura del proceso de vida y virtudes del padre Félix Varela, hecho por el recordado arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Pedro Meurice, su postulador.

Los delegados recibieron como regalo un grabado original inspirado en el retrato más conocido del P. Varela, acompañado de una carta de monseñor Jaime en la que les comunicaba el inicio del proceso y solicitaba la comunicación por los fieles de todo documento o hecho que pudiera resultar relevante.

A continuación, con su acostumbrada elocuencia, monseñor Adolfo Rodríguez hizo el discurso de clausura. Después del discurso de mons. Adolfo, se dio a conocer el mensaje de los delegados del ENEC a todo nuestro pueblo y, finalmente, el cardenal Pironio pronunció unas breves y emotivas palabras sobre el significado del ENEC para la Iglesia y para Cuba.

Quedaría por realizarse, en los meses que siguieron al encuentro, la redacción definitiva del documento final, concluida en mayo de ese mismo año.

El Documento Final del ENEC incluyó las tres grandes áreas de la Reflexión Eclesial Cubana: el marco histórico, la fundamentación bíblico-teológica y el análisis de la acción pastoral de la Iglesia en sus diversas facetas, tal como se debatieron y aprobaron en el ENEC.

El documento superó con creces todas las expectativas, y nos ha quedado como permanente fuente de inspiración en el quehacer pastoral de la Iglesia por la amplitud y profundidad de su reflexión, por su solidez doctrinal y su claridad al abordar los diversos aspectos de la vida y la acción evangelizadora de la Iglesia. Es una pena que muchos católicos cubanos no lo conozcan o lo conozcan solo superficialmente.

La misa de clausura se celebró en la Catedral de La Habana, engalanada con el lema que había proclamado, desde la fachada de la sede del ENEC, la voluntad de la Iglesia de volcarse definitivamente a la evangelización de nuestro pueblo: *Iglesia sin fronteras, solidaria en el Amor*. Presidió la eucaristía el cardenal Pironio, quien pronunció además la homilía en una de las celebraciones más emotivas que recuerde el templo habanero.

Concluía así un evento que cambiaría para siempre la vida, no solo de quienes participaron en él, sino de toda la Iglesia en Cuba.

En este 2016, la conmemoración del trigésimo aniversario del ENEC ha estado presente en dos eventos nacionales de la Iglesia: en El Cobre se celebró, exactamente en las mismas fechas que el ENEC, el Encuentro Nacional de Laicos, organizado por la Comisión Nacional de Laicos de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, que destacó la efeméride, mientras que en La Habana el Simposio Conmemorativo “Del padre Varela al papa Francisco: una Iglesia en salida”, proclamaba celebrarse “en el Año de la Misericordia, en el XXX aniversario del ENEC y en los 163 años de la muerte del Venerable Padre Félix Varela”.

A treinta años de distancia, el ENEC aún nos sorprende como singular momento de gracia, aliento

del Espíritu sobre nuestra Iglesia. Tiene plena vigencia, al conmemorar la efeméride, el juicio que emitió entonces quien fue el alma del encuentro y hoy mira con simpatía, desde la casa del Padre, nuestro empeño por mantener viva y actuante su inspiración en el quehacer pastoral de la Iglesia: “Realmente esto ha sido una celebración del Señor: un paso del Señor por el pueblo cubano, a través de la Iglesia que está en Cuba; una manifestación muy evidente de la acción del Espíritu Santo. Yo llamaría a esto un nuevo Pentecostés”.¹

Notas:

1 Cardenal Eduardo Pironio, en entrevista concedida al Departamento de Medios del Arzobispado de La Habana al concluir el Encuentro Nacional Eclesial Cubano.

